

Dolors COMAS D'ARGEMIR, *Antropología económica*. Editorial Ariel Antropología, Barcelona, 1998, 238 p.

Desde su origen las ciencias antropológicas han intentado explicar las distintas manifestaciones del comportamiento humano en sociedad y el sentido que los individuos otorgan a su experiencia y existencia. La organización política y social, el intercambio material y simbólico, la vida espiritual y cómo los hombres interpretan su pasado, le dan sentido al presente e imaginan el futuro, ha sido contenido dentro del concepto de cultura, eje paradigmático de la disciplina.

Los intentos en este sentido, casi siempre buscando acumular conocimiento, han entregado como consecuencia la construcción de un método y objeto que distinga la disciplina de otras ciencias humanas y sociales, conceptos desarrollados en un horizonte espacial y temporal amplio, dado que se intenta observar, describir, explicar, comprender e interpretar el proceso de humanización. El cimiento de este proceso se ha puesto en lo local y lo tradicional como el vínculo predominante entre los diversos grupos humanos, entre los hombres y otras especies y con el entorno social y ambiental.

En la actualidad, el proceso de mundialización, modernización y complejización intenta ser comprendido por la antropología contemporánea. Esto significa que el cambio, por ejemplo, debe ser entendido como observable permanente de todo grupo humano, donde lo local está en lo global y lo global cristaliza en la vida local y cotidiana de las sociedades y grupos, y donde las tradiciones son constantemente modificadas, reinventadas y recreadas.

La proliferación y amplitud de los mercados, las comunicaciones, los procesos de información, las características trashumantes de las personas que

cada vez encuentran más motivos, medios y ritmos para movilizarse constantemente por el planeta, portadoras de culturas diferentes, se ven reflejados en la importancia que cobran las relaciones —conflictivas o no— entre culturas diversas. Sobre estos elementos, Dolors Comas hace una aportación acerca de la visión global de la antropología que ubica en la antropología económica. Desde esta perspectiva analiza la globalización y cómo la economía de mercado penetra en distintos pueblos del mundo, impregna la lógica de diferentes formas de producción y modifica, a menudo sustancialmente, la vida de la gente.

No caracteriza la globalización como una fuerza homogeneizadora porque la mano de obra, por ejemplo, está fragmentada sobre la base de su adscripción a diferentes condiciones y lugares; ni como un proceso en una sola dirección, sino que es resultado de una gran variedad de respuestas locales en las que se sintetizan las grandes corrientes económicas y las propias tradiciones culturales existentes en cada lugar. Heterogeneidad y fragmentación son, entonces, sólidos componentes de la globalización, que no pueden garantizar la igualdad entre las personas, ya que permanecen mecanismos de exclusión; por el contrario, se agudizan incluso las diferencias y fracturas entre grupos sociales, regiones, países y zonas del planeta.

Con base en cuestionar el concepto de economía-mundo y la discusión sobre las causas del subdesarrollo en el decenio de 1970, en los años 80 adviene, por un lado, la preocupación por la forma de utilizar los recursos naturales dado que la globalización supone modificaciones importantes en el uso que se hace de ellos, lo que comporta un impacto ambiental y social considerable. Por otro, la aparición de una conciencia de la globalidad de los problemas ambientales, lo que sumado a la variable del poder obliga a los antropólogos a hacerse preguntas desde la ecología política.

Comas refuerza el planteamiento de que la economía está incrustada en el motor que produce y reproduce la sociedad, forma parte de la cultura de toda sociedad, en la medida en que pone en relación formas de organización del trabajo, de control sobre los medios de producción y de distribución de bienes producidos; define las necesidades del grupo y las formas de satisfacerlas. De aquí se desprenden, desde la perspectiva antropológica, la visión de la *economía política* que analiza el acceso desigual a la riqueza y al poder tal como se concreta en los procesos de trabajo, en la conformación de jerarquías sociales, y en cómo los hombres se relacionan con la naturaleza en el proceso de producción, lo cual no sólo depende de la técnica o de los conocimientos ambientales, sino que también posee dimensiones sociales y políticas; y la visión de la *ecología política* que, en consecuencia, consiste en analizar cómo los distintos grupos sociales

acceden diferenciadamente a los recursos y cómo este acceso diferenciado condiciona sus estrategias adaptativas y el manejo de los mismos.

Visto en una disposición planetaria, de acuerdo con la mundialización, generalmente se evoca la unidad del sistema global y se deja en segundo plano las formas de poder y de desigualdad existentes en él, a pesar de que ellas también cristalizan a escala mundial. Hablar de imperialismo o de subdesarrollo hoy parece anticuado, “sin embargo, existen distintos mecanismos de dominación que subordinan sociedades, grupos sociales e individuos a la lógica de reproducción de un sistema que por definición es jerarquizado y basado en la desigualdad” (p. 14). Es por ello que la práctica social nos muestra constantemente que la economía y la política no son dominios separados, sino profundamente interpenetrados. Las disciplinas académicas de la modernidad ignoran esta interrelación y separan artificialmente el análisis de uno y otro ámbito.

Este análisis del proceso de mundialización ya ha sido visualizado. El sistema global no es nuevo, la expansión del mercado tiene siglos buscando un alcance mundial y los nuevos medios de comunicación y de transporte han contribuido a generar la conciencia de la globalidad. Lo novedoso y sin precedentes es la amplitud de la escala que posee la interconexión entre sociedades, lo inmediato de la comunicación a distancia, así como el aumento exponencial de la velocidad de los medios de transporte. Todo ello ha significado una ruptura respecto a la forma de concebir y de organizar el tiempo y el espacio, y ello una ruptura en los estilos de vida. Hoy se concede mayor importancia a lo efímero que antaño, porque todo evoluciona deprisa, se amplía considerablemente el universo de nuestras experiencias: en pocas horas podemos desplazarnos a cualquier rincón del mundo, en minutos podemos ver en la televisión sucesos ocurridos a gran distancia y en pocos instantes conectarnos con alguien situado en nuestras antípodas, sin embargo, aunque lo lejano está tan próximo como lo cercano, esto no implica su comprensión.

La antropología social puede llegar a hacerlo, a pesar de que ha tendido a aislar las sociedades que estudiaba en el espacio y en el tiempo, contribuyendo así a dar consistencia a aquel espejismo ilusorio que emana de nuestras gafas de occidentales y a través de las que miramos otras sociedades. Durante años, los antropólogos han estudiado pueblos de áreas remotas, que han descrito como “culturas” y, por tanto, como categorías étnicas delimitables y específicas. Los han clasificado según tipologías relacionadas con su actividad productiva (cazadores-recolectores, pastores nómadas, agricultores itinerantes, etcétera) o con su forma de organización sociopolítica (tribus, bandas, jefatu-

ras, entre otras), como si no hubieran cambiado en el tiempo. Aparecen así como una especie de fósiles de la edad de Piedra, que cambian, se extinguen, entran en decadencia o se diluyen en otras sociedades cuando se tiene contacto con ellas como resultado de los procesos de colonización o de la economía de mercado. Descritos en tanto culturas o entidades étnicas confinadas, el propio enfoque etnográfico ha contribuido a destacar el supuesto aislamiento estructural e inalterabilidad temporal de las comunidades observadas por la antropología, sin embargo no están separadas, sino incrustadas en las principales fuerzas que conforman el sistema global, proceso que sólo puede ser comprendido desde las claves culturales que relacionan la estructura con la acción de las personas, lo objetivo con lo subjetivo.

En este punto, Comas señala suficientes ejemplos para demostrar en el proceso histórico que las configuraciones étnicas no sólo son inestables, sino que su existencia debe entenderse en relación con factores económicos y políticos, y a un contexto de alcance más global que el de la propia cultura que se analiza; hay que descifrar la emergencia de pueblos particulares en la conjunción de las historias locales y globales, situando a las poblaciones locales en las corrientes más amplias de la historia mundial, dejando de lado aquellas situaciones en las cuales los pueblos primitivos son aislados artificialmente, muchas veces por los mismos antropólogos.

Esta manera particular de articularse, de enlazar lo local, campesino, aldeano y tradicional con el mundo económico y social global está en el centro de la propuesta de Comas. Si bien su cuerpo metodológico no está balanceado en el texto, la enunciación teórica es suficientemente amplia y fértil como para hacer del libro una contribución vigorosa para quienes están interesados en la antropología de las sociedades contemporáneas. Dicho de otra manera, Comas nos ofrece una perspectiva teórica amplia, nos invita a activar la mirada antropológica bajo el desafío de una macro etnografía o etnografía multi-localizada, sin embargo, no nos entrega todos los elementos necesarios para esta construcción, o mejor dicho reconstrucción valorativamente etnográfica de la metodología antropológica. Tomar conciencia de la complejidad de estas sociedades que articulan lo tradicional con la modernidad, como un entramado de relaciones tejidas con hilos cualitativamente diversos, en la medida que aumentan los contactos entre los diversos grupos que habitan el planeta y en que se pluralizan los referentes de sentido y de pensamiento que las personas y las poblaciones experimentan, apenas abre, crea e impone el desafío de adecuar las herramientas metodológicas de la antropología, acostumbrada a captar realidades centradas en comunidades, localizadas en el tiempo y en el

espacio, con fronteras rígidamente establecidas, alejadas de los vastos cambios tecnológicos.

Se puede señalar que la antropología económica, al introducir el tema de la expansión del capitalismo y su efecto sobre las economías regionales y locales y la idea de un “sistema mundo” en la Antropología, ha contribuido a renovar la antropología social, cambiando la perspectiva metodológica. “De hecho la antropología ha tenido siempre en su horizonte comparativo la dimensión mundial, pero lo que se introduce como novedad ahora es el hecho de considerar que todas las personas y todas las culturas se integran en un único sistema económico mundial. Esta noción de sistema aplicada a todo el mundo constituye un paradigma nuevo que obliga a reconsiderar la forma de analizar el material etnográfico” (p. 23).

El método etnográfico (estudio de caso) es una de las aportaciones más importantes de la antropología de todos los tiempos, sin embargo su delimitación temática y localización deben permitir establecer los elementos comunes y divergentes en los procesos de cambio, para entender la naturaleza del vínculo entre lo global y lo local, entre la larga y la corta duración. Así, se puede observar a través de la etnografía que no existe una adaptación pasiva de lo local a lo global, analizando a “gente real en lugares reales”. El problema es cómo integrar el reconocimiento de los sistemas globales al hacer etnografías localizadas. En este punto, central para repensar la metodología antropológica, la propuesta de Comas es meramente enunciativa: propone hacer una etnografía multilocal o “macroantropología de la cultura” que obligaría a una selección estratégica de los lugares donde se investiga, de manera que sean significativos para mostrar la diversidad y la creación de nuevas formas culturales; o bien focalizar el análisis en las prácticas culturales concretas, pues a nivel local, lo global se recontextualiza, se transforma en nuevos elementos, adopta una especificidad concreta.

Es necesario conocer y comprender la globalidad tanto espacial como temporal, pero es más relevante entender el proceso al revés, es decir lo global a partir de sus concreciones locales, haciendo de la etnografía el instrumento básico de su comprensión, y es que en lo local convergen de forma sintética las principales fuerzas que contribuyen a la reproducción y la transformación de las sociedades. En esta doble naturaleza del proceso, vinculación bidireccional local-global, está la inquietud antropológica, en su intento por comprender la convivencia de culturas diversas y en su proyecto por fortalecer estos sistemas de vida compartidos.

Una preocupación presente en Comas es enfrentar la dicotomía entre idealismo y materialismo en el desarrollo de la antropología económica que se superpone a otra dualidad que enfatiza concepciones diferentes de economía. Unos resaltan la relación entre economía y cultura, entre economía e instituciones y valores sociales; y otros enfatizan la relación entre economía y naturaleza, interesados en las condiciones técnicas y las estrategias adaptativas. Ambas posiciones derivan en “antropología económica” y “antropología ecológica” respectivamente, pero dentro de los atributos descritos anteriormente para comprender los procesos globales y sus vinculaciones locales, el debate se estructura entre “economía política” y “ecología política” (p. 24-25).

Este debate da la estructura general del libro: la economía política en la antropología económica, y la ecología política en la antropología económica, en un intento por lograr una síntesis entre ambas aproximaciones.

Dentro de la expansión del mercado (globalización) cada cultura, de acuerdo con sus respuestas locales, hace una síntesis diferente y concreta de este proceso global. Esta especificidad y uniformización son una pareja simbiótica, una característica constitutiva de la realidad social que no contradice necesariamente la homogeneización en los estilos de vida que se producen como consecuencia de la occidentalización del mundo. El ecúmene global está estructurado de forma asimétrica, diversa y plural; la cultura mundial implica la existencia de una marcada organización de la diversidad y no una réplica de la uniformidad.

En este contexto de mundialización se hace una necesaria revisión del concepto de cultura utilizado para explicar la mayoría de las realidades abordadas por la ciencia antropológica. Por un lado, la antropología más tradicional utiliza el concepto de cultura como una forma de vida y como código de conducta que permitió descripciones delineables claramente y aislables de determinados grupos, como si éstos no tuvieran contactos suficientemente importantes con la sociedad occidental y con los demás estados. Por otro lado, se plantea el concepto de cultura como expresión de las formas de poder que necesariamente interpreta la universalización como un proceso de subordinación: “occidentalización” o “americanización”, determinando sociedades humanas que se encuentran mundialmente articuladas en círculos de poder bajo la hegemonía de Occidente. Este análisis es retomado por Comas para establecer un concepto más dinámico, un proceso cultural en el cual confluyen la historia, la cultura, la economía y la sociedad.

*Hernán J. Salas Quintanal*